

www.puntodelectura.com

SVE-ELLEŦ WELFOTDER

BODA
PARA UN CABALLERO

SERIE MACLEAN III

Traducción de Carmen Güiraldes

punto de lectura



Título original: *Wedding for a Knight*

© Sue-Ellen Welfonder

Edición publicada por acuerdo con Warner Books, Inc., Nueva York, Estados Unidos.
Todos los derechos reservados.

© Traducción: 2008, Carmen Güiraldes

© De esta edición:

2011, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2076-4

Depósito legal: B-7.299-2011

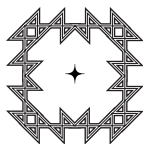
Impreso en España – Printed in Spain

© Diseño de cubierta e interiores: Raquel Cané

Primera edición: marzo 2011

Impreso por 
A CPI COMPANY

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



PRÓLOGO

Dupplin Moor Agosto de 1332

AL AMANECER DE UN TÓRRIDO DÍA DE VERANO, en las orillas del río Earn, cerca de Perth, el nuevo Guardián de Escocia, Donald, conde de Mar, y un ejército de los mejores hombres del reino se batieron en una terrible y sangrienta batalla que duró apenas unas horas.

Hacia el mediodía, las flechas de los enemigos ingleses habían diezgado a los gloriosos *schiltrons* de Escocia... sus círculos de lanceros resultaron no ser rivales para la buena puntería de los arqueros ingleses y su lluvia interminable de flechas.

El Guardián, dos condes escoceses, un puñado de nobles, sesenta caballeros y varios miles de valientes arqueros yacían muertos en el campo de batalla. Los agresores ingleses y los renegados escoceses que luchaban a su lado, más conocidos como los Desheredados, sólo tuvieron treinta bajas.

Los escoceses heridos, o simplemente inmovilizados bajo los montones de compatriotas fallecidos, deseaban haber muerto también.

Como poco, estaban lejos de considerarse afortunados.

Y junto a los ríos de sangre que empapaban la tierra en tan fatídico día, todos y cada uno de los escoceses que abandonaban Dupplin Moor dejaban también atrás su corazón.

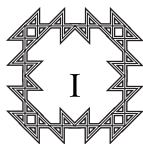
Magnus MacKinnon estaba entre los supervivientes.

Él dejaba mucho más a sus espaldas, pues, junto con su corazón perdía la fortuna que había tardado tres años en reunir. Era un dinero ganado en torneos, que quería dedicar a reparar la destruida flota de galeras de su clan.

Y tal vez también algo del honor de su familia.

Pero la pérdida de su fortuna no era lo peor que le dejaba la derrota en Dupplin Moor.

No, lo peor era el desaliento.



EN EL CASTILLO DE BALDOON

ISLA DE DOON, UN MES DESPUÉS.
—¿Un matrimonio por poderes?

Amicia MacLean disparó la pregunta desde su puesto en la mesa principal, muy lejos ya del buen humor que tenía unos momentos antes. La felicidad de tener allí reunidos bajo el mismo techo, y por primera vez en más de un año, a sus dos hermanos, quedaba ahora anegada por oleadas de escepticismo.

—¿Con Magnus MacKinnon?

Con el corazón a punto de salirse por la boca, casi incapaz de pronunciar palabra, tras hacer la segunda pregunta miró fijamente a su hermano Donall el Valiente, notable caballero del clan MacLean y portador de la noticia más sorprendente que había escuchado en mucho tiempo.

Una maravillosa noticia.

Y más feliz de lo que hubiera podido imaginar... aunque no estuviera dispuesta a reconocerlo. No pronunciaría una palabra de alegría. Ya había tenido suficientes compromisos rotos, demasiadas esperanzas frustradas de llegar a tener alguna vez una familia y un hogar propios.

Un esposo que la amara.

—No deberías pronunciar su nombre como si fuera indigno, muchacha —confundiendo sin duda la naturaleza de la sorpresa que había demudado el rostro de su hermana, Donall MacLean alzó la mano para imponer silencio dentro del vestíbulo lleno de humo y ruido, donde muchos de los presentes porfiaban por hacer oír su voz—. Los MacKinnon quizás estén tristemente necesitados de tu dote, pero Magnus es un caballero valiente y poderoso. Podría haber sido mucho peor.

No podría haber sido mejor, cantó el corazón de Amicia, mientras desfilaban ante sus ojos imágenes largamente guardadas del espléndido Magnus. Y cada fugaz recuerdo la encandilaba con su dulzura.

Bastaba con imaginar su sonrisa, los hoyuelos de sus mejillas y el parpadeo de sus ojos para que se le aflojaran las rodillas.

Él no era más que un joven robusto cuando lo vio por última vez, hacía muchos años, en aquel torneo de campeones que se celebraba en la vecina isla de Islay. Magnus había salido vencedor de cada concurso de tiro con arco, de cada prueba de fuerza, y su natural encanto y su ingenio habían conquistado la atención de todas las muchachas allí presentes.

Sin lugar a dudas, Magnus, ya convertido en un hombre, le quitaría el aliento.

De eso estaba segura.

—Se dice que tiene buena presencia, que es muy apasionado y un guerrero de renombre —terció la esposa de Donall, lady Isolde, desde la cabecera de la mesa principal, confirmando con sus palabras lo que Amicia ya sospechaba.

Con el pulso latiéndole fuertemente en los oídos, Amicia escrutó los rostros de sus parientes y permaneció

callada durante largos instantes, aprovechando cada uno de ellos para respirar hondo, enderezar la espalda y asegurarse de que su expresión no denotara más que fría indiferencia.

¿Sería cierto?

Por todos los Santos, ¿podía esta vez atreverse a soñar?

Si aquella ilusión acababa también frustrándose, se moriría.

Se marchitaría por dentro hasta el punto de rogar a todos los santos que pusieran fin a su vida, que se apiadaran de ella y la bendijeran con una muerte rápida y sin dolor.

Entornando los ojos al mirar a Donall, se humedeció los labios, que se habían quedado secos.

—¿Es una proposición formal? —le preguntó, llena de temor a una respuesta que prefería no escuchar—. ¿De verdad Magnus MacKinnon se ha declarado, o se trata de otro de tus bienintencionados, aunque siempre destinados al fracaso, intentos de verme casada?

Su otro hermano, Iain, dejó en la mesa el vaso de cerveza y se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Cielos, muchacha, ¿crees que Donall o yo podríamos hacer algo así, que vamos a andar con bromas, con las dificultades que han assolado nuestras tierras últimamente? Tú sabes muy bien por qué nos ha costado tanto encontrarte un buen partido...

Amicia se revolvió en su asiento.

—Tengo muy presente el sinfín de excusas que acompañó cada ruptura de un compromiso —dijo, con la mirada fija en las oscuras sombras del alféizar de una ventana al otro lado del vestíbulo—. Lo que me gustaría es oír a Magnus MacKinnon en persona diciendo quiere casarse conmigo.

Las expresiones «matrimonio por poderes» y «tristemente necesitados de tu dote» le habían provocado mucha inquietud.

No obtuvo más respuesta que un profundo silencio, que se extendió por todo el oscuro vestíbulo. Con un nudo en el estómago, alzó la vista hacia el cielo raso abovedado y exhaló un suspiro nervioso.

Nadie hablaba, el silencio era tal que podía escuchar cada crujido, cada chisporroteo de las antorchas de pino que iluminaban la enorme estancia, los ronquidos sordos de los perros de Donall, que dormían al lado del hogar, y hasta el rumor de las olas del mar, rompiendo en la noche contra las rocas, más allá de los sólidos muros de Baldoon.

Casi imperceptiblemente, Amicia movió la cabeza y miró otra vez a sus hermanos, sin sorprenderse al notar las débiles sombras de culpa que atravesaban sus agraciados rostros.

—No me gusta que me engañen —dijo, con toda la calma que pudo reunir. Bebió con ansia un trago del mejor vino gascón—. Ni lo permitiré. No me dejaré embaucar mientras me quede un soplo de vida en el cuerpo.

—Por favor, querida, es muy difícil tratar contigo cuando te pones tan testaruda —Donall la miró desde su asiento señorial, una mole de roble de respaldo y brazos tallados con míticas bestias marinas. Se pasó una mano por el pelo, negro con reflejos azules, como el de ella.

—No, Magnus no sabe nada de esta unión —admitió, sosteniendo la mirada de la joven—. Pero se enterará en cuanto llegue a la isla de los MacKinnon. Está ausente hace algunos años, compitiendo en torneos, como probablemente ya sabes, pero se espera su vuelta al hogar dentro de pocos días, y su padre está seguro de que recibirá complacido la noticia de la unión.

Amicia sofocó un bufido que no hubiera sido nada femenino. Barrió con la vista, desafiante, a sus hermanos y a cuantos estaban sentados a la mesa.

—El Viejo Señor MacKinnon —dijo, irritada— sólo quiere los cofres cargados de monedas, que vosotros pensáis mandarle como dote. Todo el mundo sabe que lo que más ansía en la vida es reconstruir la flota de galeras que perdieron en aquella tormenta hace aproximadamente un año.

—Puede ser, pero también ama a su hijo y le gustaría verlo bien casado, en paz y feliz —contestó Donall—. Yo también sería dichoso con la unión. Nuestro fallecido padre y el viejo MacKinnon supieron hacerse buenos amigos y mantener su amistad. Tu boda con Magnus sellaría la larga tregua con los MacKinnon de una vez y para siempre.

El corazón de Amicia dio un vuelco y un pequeño destello de emoción avivó su pecho. Apartó la mirada, temiendo que se notase que estaba a punto de hacerse realidad el sueño de su vida. Ninguna de las anteriores propuestas de compromiso matrimonial tuvo un aire tan serio y preparado como ésta.

Ninguna, salvo los implacables intentos de aquel señorito imberbe cuyo nombre había olvidado hacía ya tiempo.

Nunca olvidaría, en cambio, el nombre de Magnus MacKinnon.

A decir verdad, lo llevaba grabado en el corazón desde que era adolescente, y la llama había seguido ardiendo a despecho del frío y de la vacía oscuridad de incontables noches solitarias.

Haciendo caso omiso de las señales de advertencia que su buen juicio le enviaba, decidió tener confianza, o me-

jor dicho fe. La necesitaba para creer que, como sus hermanas, ella también podía encontrar la felicidad. Debía buscar algún fin en la vida, no limitarse a deambular por la casa de la infancia, sin hacer nada útil, convertida en una sombra digna de lástima.

Era una casa que la acogía, sí, pero a la que no pertenecía del todo.

Las emociones hicieron que empezara a sentir un cosquilleo estimulante, una sensación peligrosamente seductora de que por fin algo en su vida marchaba muy bien. Trató de controlarse, alzó la cabeza y buscó los ojos de Donall.

—¿El viejo señor cree que Magnus me aceptará? Tenía que saberlo. Necesitaba saberlo.

—No te quepa la menor duda. Sobre eso tienes mi palabra —dijo Donall sin titubear un instante.

Con el corazón cautivado por aquellas palabras, las sospechas y la cautela de Amicia se desvanecieron como si se las hubiera llevado una ráfaga del más agradable viento estival.

—Si hasta te ha enviado la alianza de zafiros de su difunta esposa, para sellar el pacto —dijo Iain que, tras hurgar en el monedero de cuero que colgaba de su cinturón, arrojó un pesado anillo de oro sobre la mesa—. Estando como están, machacados por la mala fortuna de estos últimos años, podrás imaginarte que el viejo MacKinnon no se desprendería de una joya tan fina si de verdad no quisiera verte casada con su hijo.

—Tardó en llegar, pero no debes tener dudas esta vez —la esposa de Iain, Madeline, le regaló una cálida sonrisa.

Amicia asintió en señal de agradecimiento, sintiendo de repente que se le hacía un nudo en la garganta. Le ardía, como los ojos. Pestañeó rabiosamente, pues odia-

ba las lágrimas y siempre había evitado derramarlas, puso la mano sobre el anillo que su hermano había dejado en la mesa y cerró los dedos, notando de inmediato su reconfortante y sólida textura.

Pequeño y frío sobre su palma, aquel tesoro le produjo un sinfín de sensaciones.

—Entonces, ¿qué dices tú ahora? —Donall se reclinó en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

Apretando los dedos sobre el pedacito de dorada esperanza que ya empezaba a calentarse en su mano, Amicia expresó su última duda.

—Primero dime por qué es necesaria una boda por poderes si se espera que Magnus llegue a la isla de los MacKinnon en los próximos días.

—Simplemente, porque viene de Dupplin Moor —respondió Iain anticipándose a su hermano—. El viejo señor cree que saber que tiene ya, sin esperas ni preparativos, una linda y flamante esposa endulzará su llegada.

—Vamos, Amicia —la exhortó Donall, incorporándose para volver a llenar su copa de vino—. Te juro por esta vida y por la otra que yo no te entregaría a un MacKinnon si no creyera que se portará maravillosamente contigo.

Amicia suspiró hondo, y se relajó visiblemente. No tenía dudas de que Magnus MacKinnon la trataría bien.

Pero no era suficiente, ella quería que la deseara.

Que la quisiera con la misma feroz intensidad con la que sus hermanos amaban a sus esposas.

Alcanzó su copa de vino, echó hacia atrás la cabeza y apuró el líquido con un único y ardiente trago. Contempló a los reunidos, esperando encontrar miradas de reprobación, pero sólo se topó con rostros afectuosos y expectantes.

—Entonces, ¿qué nos dices? —Donall se estiró sobre la mesa para tocarle suavemente el codo—. ¿Te casarás con MacKinnon?

Amicia bajó la vista hacia el anillo de zafiros que guardaba en la mano. Tenía el mismo color azul que los sonrientes y profundos ojos de Magnus MacKinnon. Trató de contener un tonto acceso de lágrimas, dedicó su mirada más intensa a su hermano y rogó a todos los santos del cielo que la voz no se le quebrara.

—Sí, lo haré encantada —dijo, abriendo un poco más el corazón a cada palabra que pronunciaba.

Y si se daba el caso de que él no la deseara, ella haría todo lo que estuviera a su alcance para que cambiase sus sentimientos.

Algunos días después, en una de las Islas Hébridas, cubierta de niebla, conocida como la isla de los MacKinnon desde tiempo inmemorial, Magnus MacKinnon caminaba lleno de escepticismo sobre el suelo cubierto de juncos del otrora magnífico solar señorial del castillo de Coldstone.

Una tensión casi palpable, que llenaba el aire con la vibración de cien cuerdas a punto de romperse, oprimía la estancia pobremente amueblada y parecía retumbar en sus paredes patéticamente desnudas.

Pero una tensión aún peor se gestaba en el interior del caballero.

Con ceño furioso, dedicó otra mirada iracunda a su padre, quien lo miraba frotándose las manos.

—No la tomaré como esposa, ¿me oyes? —Magnus estalló de ira, deteniendo su furioso pasear para cerrar de

un tirón la persiana de una de las ventanas—. ¡Por Dios, había olvidado cuán frío puede volverse este montón de piedras viejas!

—Pero Magnus, es una buena muchacha —argumentó el padre—. Quizás la más bonita de todas las islas.

Magnus se dio media vuelta, e inmediatamente deseó no haberlo hecho, pues el anciano estaba debajo de un candil y su suave luz oscilante destacaba cada línea de su rostro preocupado.

El joven frunció todavía más el ceño.

—No me importa nada que sea bonita —respondió bruscamente, poniendo el máximo énfasis en lo que decía.

Los cielos eran testigos de que había tenido muy poco tiempo para disfrutar de su juventud en los últimos años. Y ahora, tras vivir los horrores de Dupplin Moor, tenía aún menos ganas de lanzarse a tales frivolidades.

En especial, detestaba dedicarse a las frivolidades que tuvieran que ver con la búsqueda de una esposa.

Apretó los dientes. Se sentía como si alguien le estuviera colocando un yugo de hierro en el pescuezo. Atravesó a zancadas la habitación y echó la persiana de otra ventana. Movidada por el viento, ésta no paraba de chocar contra la pared, y el ruido del golpeteo le irritaba hasta casi producirle dolor.

Tenía la tentación de quedarse allí parado como un tonto, abriendo y cerrando persianas toda la maldita noche.

Cualquier cosa, con tal de mantenerse ocupado.

Cualquier cosa que lo ayudara a ignorar aquella desagradable sensación de que algo había cambiado para siempre.

El presentimiento de que el sol podría no salir al día siguiente.

Su padre apareció por un lado, con los ojos húmedos, suplicantes.

—Los MacLean... son acaudalados, y...

Magnus terminó la frase en su lugar, dando la espalda a la alta ventana ojival y al triste golpeteo de su persiana.

—Ellos sí que saben cómo cuidar de su fortuna.

—Por Dios, hijo, olvida tu orgullo y usa por una vez la cabeza. Necesitamos su dote, sí, no lo niego. Y sería bienvenida también, claro está, pero no es lo único que debes tomar en consideración.

El anciano chasqueó la lengua en evidente muestra de consternación y se dispuso a encender un candelabro de velas de cebo con las manos temblorosas, arrugadas y con manchas oscuras que delataban su edad.

Magnus apartó la vista y se pasó una agitada mano por el pelo. No se dejaría convencer por la pena que le daba su padre. Y jamás desposaría a una mujer sólo para engordar las arcas que él no había sabido llenar por otros medios.

No. Diría no a Amicia MacLean.

Y a cualquier otra muchacha que su encorvado padre se tomara el trabajo de hacer desfilar delante de él.

¡Aunque estuvieran desnudas y balancearan sus hermosos pechos ante sus mismísimas narices!

Con el cuello caliente, como si alguien estuviera sosteniendo una antorcha encendida justo debajo de su nuca, atravesó la habitación y arrebató la vela chorreante de los dedos temblorosos del anciano.

—Tal vez no sea tan mala la idea de tu padre —terció Colin Grant desde el sitio que ocupaba en el banco, junto al hogar, con su pierna herida extendida hacia el be-

néfico calor del fuego del carbón—. A mí no me molestaría en absoluto regresar a mi casa y enterarme de que mi padre ha elegido una muchacha buena y atractiva para casarme con ella.

De inmediato, un lacerante sentimiento de culpa partió a Magnus en dos, hiriéndolo hasta los huesos. Colin, el amigo que había conocido en el circuito de torneos y junto con quien había peleado codo con codo en las orillas bañadas de sangre del río Earn, no tenía casa ni familia a las que regresar.

Los Desheredados, y los sajones que los apoyaban, habían quemado la fortaleza de los Grant hasta sus cimientos... y a todos los parientes de Colin con ella.

No quedó nada más que un montón de hollín y de cenizas.

Eso, y la incansable determinación de Colin de reconstruirlo todo en cuanto recuperara las fuerzas. Pero aunque lo lograra, cosa que Magnus dudaba debido a que las arcas de su amigo estaban tan vacías como las suyas, el dolor persistiría porque los seres queridos de Colin se habían ido para siempre.

Aunque reuniera todo el oro del mundo jamás podría recuperarlos.

—Estoy muy feliz de hallarme de vuelta en casa, padre, no te confundas —dijo Magnus, acercando diestramente la llama de la vela a las restantes mechas apagadas, sin derramar ni una gota de sebo sobre la mesa o los juncos del suelo—. Pero veo que te has vuelto un poquito loco en mi ausencia. Yo no quiero una esposa. Eso es todo.

—Te ruego que lo medites —dijo su padre, con tono casi de súplica. Trató de asir a Magnus por la manga, pero éste retiró bruscamente el brazo.

—No hay nada que meditar —dijo, poniendo un énfasis concluyente en cada una de sus palabras—. No lo haré.

Retomando los furiosos paseos, Magnus intentó ignorar la mirada de tristeza de Colin, que seguía cada uno de sus pasos iracundos.

Mejor dicho, huyendo de la mirada de reproche de Colin.

También hizo un esfuerzo para no reparar en la desnudez de la habitación, para olvidar cuán espléndidamente amueblada y decorada estaba en su juventud... Tampoco quería pensar en lo que habría podido hacer por su padre y su casa si no le hubieran robado la fortuna que había amasado en los últimos tres años. La sustrajeron de su escondite mientras él estaba ocupado luchando una insignificante batalla contra los ingleses, en Dupplin Moor.

Cuando pasó al lado de Colin, miró de soslayo a su padre y le dolió notar la visible miseria de aquel hombre. Pero, de momento, no podía hacer nada por evitarlo. Con tiempo y esfuerzo, pondría otra vez las cosas en orden.

Reconstruiría, también, la flota de galeras de su padre... aunque para lograrlo tuviera que pelarse los dedos, dejarse la vida trabajando y luchando.

—Necesitas herederos. Yo... yo no estoy bien, hijo.

Las palabras del anciano le hicieron parar en seco.

Magnus maldijo en voz muy baja y cerró los ojos, lleno de angustia.

—Tomaré una esposa y engendraré hijos después de que haya recuperado nuestra fortuna —dijo, con voz grave—. Tienes mi palabra.

—Bueno, te creo, pero yo... yo tengo miedo...

—¿De qué tienes miedo? —Magnus abrió sus enormes ojos. Se volvió hacia el anciano y lo encontró dando vueltas en el umbral de la estancia, con los ojos húmedos, revoloteando entre el propio Magnus y el corredor sombrío que se abría por detrás de la puerta entornada.

Todo estaba en penumbra y dominado por las sombras, porque el otrora gran clan MacKinnon ya no tenía recursos ni para mantener iluminados los innumerables pasillos de su fortaleza.

El eco que provocaba la ausencia de muebles resaltaba el triste estado de la heredad. Hasta ellos llegaba el sonido de unos pasos livianos y vacilantes que se acercaban desde lejos.

Al oírlo, el viejo se puso pálido y se persignó.

—Oh, dulce Madre de Dios, protégeme —casi sollozó, y se llevó una mano temblorosa al pecho.

Magnus miró a Colin, pero su amigo sólo acertó a encogerse tímidamente de hombros. Se dio la vuelta rápidamente para encarar a su padre, y se alarmó al notar que el rostro del anciano se había puesto aún más blanco que antes.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven caballero, mientras un presentimiento, un escalofrío que le recorrió la espalda, hacía que sus palabras sonaran mucho más serenas de lo que hubiera querido—. ¿Te sientes mal?

El rostro afligido de su padre reflejó el más puro pavor, por no decir pánico.

—Sí, estoy enfermo —confesó, alzando la voz para imponerse sobre el ruido de los pasos que se acercaban rápidamente—. Pero lo estaré mucho más dentro de un instante.

Magnus alzó las cejas. Algo malo ocurría, algo iba muy mal, y tenía la profunda sensación de que estaba re-

lacionado con la determinación de su padre de casarlo con la heredera MacLean.

Se cruzó de brazos y fijó sobre su padre una mirada aún más severa.

—¿Me equivoco si digo que tu enfermedad está relacionada con mi negativa a casarme con la muchacha MacLean?

Un suspiro agudo, justo en la puerta de la habitación, fue la respuesta.

Un suspiro femenino.

Un suspiro que expresaba total sorpresa.

Pero más sorpresa experimentó el propio Magnus cuando vio salir de entre las sombras del corredor abovedado a la criatura más impresionantemente bella que hubiera visto jamás.

Era ella.

Amicia MacLean.

Aunque no la había visto desde hacía años, sólo ella podía ser tan arrebatadoramente hermosa.

Cuando todavía era apenas una muchacha, su belleza en ciernes lo había trastornado. ¡Dios santo!, se dijo, recordando que su presencia en un torneo de tiro con arco lo había distraído a tal punto que su flecha se desvió varios pasos del blanco.

La presencia de Amicia en el empobrecido predio de su padre, en Coldstone, también lo desarmaba ahora, pero por razones completamente diferentes... aunque una parte de él flaqueara ante el impacto de su soberbia belleza.

—Santo Dios —balbuceó el padre cuando pudo recuperar la voz—. Iba a decírtelo, hijo, te lo juro —el anciano se persignó nuevamente.

—¿Qué ibas a decirme? —preguntó Magnus, aunque en su interior conocía de sobra la respuesta.

La palidez y la sorpresa visibles en el hermoso rostro de Amicia contaban el final del cuento, como también lo hacía el anillo de zafiros que parecía mirarla con ironía desde el tercer dedo de su mano izquierda.

La muchacha se irguió, altiva, y alzó la frente.

Lo miró sin pestañear, y su coraje, precisamente en un momento que él suponía muy delicado para ella, llegó al corazón de Magnus con más eficacia que si se hubiera despojado del vestido para revelar sus más ocultos y sensuales encantos.

Adelantándose, Amicia tomó la mano del atribulado anciano y entrelazó sus dedos con los de él.

—Supongo —dijo con aplomo— que tu padre no te ha dicho que ya estás casado conmigo, Magnus MacKinnon. Nos unimos por poderes hace una semana. Soy tu esposa.

Con aquellas palabras confirmó lo que el caballero se temía.

De todas formas, Magnus se quedó boquiabierto. Su ánimo, o tal vez su corazón, se vino abajo.

El corazón de la mujer asomaba en su mirada, y ese conmovedor espectáculo le impresionaba más que la peor de las batallas en las que hubiera participado nunca.

Convertida en la viva imagen de la gracia y la serenidad, Amicia blandía sus armas con infinita destreza. De eso él no tenía ni la más mínima duda. Y lo peor de todo era que su maldito orgullo no le permitiría a él utilizar las suyas contra ella.